

ESPECULACIONES MARGINALES

Por PEDROLO

097/021/212



A partir de la promulgación de la Ley de Prensa se inicia en España una etapa aperturista que, tras superar el paréntesis del estado de excepción, culmina con la aprobación por el Consejo Nacional del Movimiento de las asociaciones políticas.

Existía entre la gente la impresión de que la evolución del Régimen hacia la democracia iba a continuar. Que las Cortes se iban a ir pareciendo cada vez más a los parlamentos europeos, que habría asociaciones de trabajadores muy similares a los sindicatos obreros, que los alcaldes acabarían por ser elegidos por los vecinos, etcétera. O, en otras palabras, que todas las posibilidades, latentes en las leyes constitucionales del Régimen, de hacer a España menos diferente del «mundo libre» serían explotadas hasta el máximo con vistas a facilitar una integración, por las buenas, de España en la «legalidad» fundamental del mundo desarrollado no comunista. Objetivo este que, a juzgar por la prensa y las encuestas de opinión pública, es abrumadoramente mayoritario en el país.

La solución de la crisis ministerial del pasado octubre extendió por el mundo el convencimiento de que la evolución del Régimen hacia la democracia iba viento en popa. Las declaraciones que algunos de los miembros más caracterizados del nuevo equipo gubernamental hicieron a la prensa europea, confirmaron esta esperanza, y el clima internacional respecto a España mejoró espectacularmente en muy pocas semanas.

Pero pasaron los meses y la dura, lógica e ineludible realidad se ha impuesto. Lo que es, y siempre ha sido, sigue siendo. Y la evolución dio paso, pendularmente, a la involución. Ni asociaciones políticas, ni asociaciones de trabajadores, ni elecciones de alcaldes, ni reforma del reglamento de las Cortes, ni nada que huelera a aperturismo ni a acercamiento a los «standard» políticos europeos. Al revés. Es Europa —según el famoso artículo de Ginés de Buitrago— quien debe acercarse a los «standards» del Régimen español.

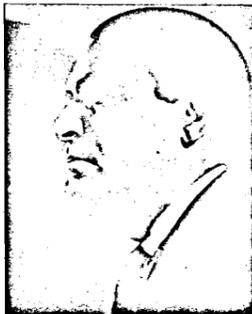
Esta es la fiel y verdadera historia y lo demás es humo. Quien manda, manda. Y la buena sabiduría política empieza por reconocer la realidad. Agradable o desagradable, depende de para quién. Pero realidad. Y sólo partiendo de ella se puede alcanzar algo que sea real.



«Recapitulación de un momento importante», el comentario político de Santiago Nadal publicado en «Destino» del pasado 18 de abril, es de lo mejor, más justo y más claro que se ha escrito sobre la actualidad política española. Pero, muy especialmente, sobre el nuevo ministro de Obras Públicas y la significación de su acceso al gabinete ministerial. El señor Fernández de la Mora es, efectivamente, «el más culto de los intelectuales, el más brillante de los escritores políticos y el más consistente de los pensadores» del partido «buitraguista».



Silva Muñoz.



Fernández de la Mora.

ta». El buitraguismo —tan rico en poder como pobre en formulaciones doctrinales— necesitaba del señor Fernández de la Mora tanto, por lo menos, como el señor Fernández de la Mora necesitaba del buitraguismo. Y las consecuencias de la entrada de un teórico claro, coherente y «actual» en el cuadro ministerial del partido pueden ser muy importantes.

En primer lugar porque la extrema derecha autoritaria va poder presentarse, en el plano doctrinal, con un lenguaje «moderno» y racional que —aunque no se comparta su mensaje— será tomado intelectualmente en serio. Y, en segundo lugar, porque el señor Fernández de la Mora, además de un teórico, es un político perfectamente sincronizado con los modos y la sensibilidad de la generación adulta posterior a la guerra civil. Esto dará al buitraguismo un estilo mucho más eficaz para actuar en el campo de lo que pudiéramos llamar opinión pública tolerada, campo que este sector —confiado en su gran fuerza de cortinas adentro— ha desdénado hasta ahora, pero que no se puede ignorar completamente.

Paradójicamente, puede resultar que sea el autor de «El crepúsculo de las ideologías» quien ideológicamente al partido menos ideologizado del espectro político del Régimen. Pero no olvidemos que el primer libro, creo, publicado por el nuevo ministro de Obras Públicas se titula, precisamente, «Paradoja».



En el comentario de Santiago Nadal que antes citaba, se relaciona políticamente la entrada en el Gobierno del señor Fernández de la Mora con la salida, a petición propia, del señor Silva Muñoz. Esta relación no la establece sólo el comentarista de «Destino», sino la inmensa mayoría de la gente que se interesa por la política española.

Pero no se trata, creo yo, de una relación inmediata y directa. No es que la entrada del señor Fernández de la Mora exigiera, políticamente hablando, la salida del señor Silva. No. Ambos hubieran podido perfectamente formar parte del mismo gabinete ministerial.

Pero, en las actuales y concretas circunstancias, el relevo tiene un signo inequívoco de apertura

a extrema derecha autoritaria y antipluralista, que es lo que establece y define la relación.

A la salida de los ministros llamados popularmente (y por los comentaristas extranjeros) «equipo falangista», ocurrida hace seis meses, se añade ahora la del ministro que, también para la gente y los periodistas extranjeros, representaba en el Gobierno a «los católicos». Así, pues, el Gobierno se va haciendo cada vez más homogéneo y menos aperturista. En otras palabras, más buitraguista.

Esta evolución debe estar sorprendiendo —y desilusionando— mucho en los medios demócratas del llamado «mundo libre», que interpretaron el reajuste ministerial de octubre pasado como un paso importantísimo hacia la famosa «liberalización» del Régimen. Es cierto que las declaraciones hechas a la prensa europea por algunos ministros «tecnócratas» —concretamente los señores López Bravo y López Rodó— autorizaban, aparentemente, dicha interpretación. Pero (dejando a un lado la apasionante cuestión de si fueron sinceras y, si lo fueron, cuál debe ser la reacción íntima de los declarantes ante el artículo de Ginés de Buitrago y algunos extremos de la exposición del ministro de Información y Turismo ante las Cortes) de lo que no hay duda es de que se las ha llevado el viento. La línea política que en ellas parecía esbozarse o no ha tenido nunca posibilidades serias de realización o, por poderosos motivos, ha sido radicalmente rectificadas. Porque la salida del señor Silva Muñoz —representante, a escala española, del «centrum» de la democracia cristiana— no parece, ciertamente, un signo de europeización del Régimen.

Salvo —¿cómo no?— que, como dicen algunos enterados, el señor Silva haya salido precisamente para organizar y presidir un equipo político que en su día, y asegurando la continuidad formal del Sistema, podría relevar al buitraguismo si las circunstancias lo exigieran.

Pero la experiencia enseña que no hay que fiarse mucho de estas especulaciones. Porque, ¿quién va a decidir cuáles serían las circunstancias que exigirían el relevo? Y, aunque lo decidieran, ¿podrían imponerlo con garantías de éxito?



López Rodó.



López Bravo.